

El pastor de la aldea:

Ciclos poéticos en
Horacio Benavides

The pastor of the village Poetic:

Cycles in Horacio
Benavides

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz*

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.27.2018.4>

* Poeta, narrador y editor. Licenciado en Filología Española, es Magister en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo. Cofundador de la Corporación literaria Si Mañana Despierto y de las revistas literarias Rosa Blindada, Calipoema, Cantinga y Ocarina. Fue docente durante veinte años en Artes y Ciencias del Lenguaje en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en Tunja. Publicaciones: *Ciudad Menguante* (1991 y 1996), *Vuelta de campana* (1994, Premio del Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá), *Briñula Insomne* (1997), *Farallones* (2000), *El puente de la luna* (2004, antología personal, Universidad del Valle), *Exiliados del arca* (2009), *Palabras Migratorias* (2010, antología personal), *La Casa Amarilla* (2011), *Manuscrito de Sísifo* (2013, Premio Nacional de Poesía Universidad Industrial de Santander), *Cuerpos sobre campos de trigo* (2014, Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus), *La tarde no cae* (2014, Finalista Premio Nacional de Poesía, Ministerio de Cultura 2015). Es editor de la antología *Desde el Umbral, poesía colombiana en transición* (tomos I 2005 y II 2009) y autor del ensayo *La Fábula Poética en Giovanni Quessep* (1998, Premio Jorge Isaacs en Crítica Literaria, Colección de Autores Vallecacuanos, Cali). Correo electrónico: JELIECEROM@hotmail.com.



Recibido: 30 de octubre de 2017 * Aprobado: 30 de noviembre de 2017

¿Cómo citar este artículo?

Ordóñez Muñoz, J. (2018). El pastor de la aldea: Ciclos poéticos en Horacio Benavides. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (27), (51-66). Doi: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.27.2018.4>

Resumen

En este artículo se rastrean los ciclos o etapas poéticas encontradas en siete libros del poeta Horacio Benavides. El primero alude a los inicios (Orígenes), donde se bosqueja, de forma panorámica, el siguiente devenir estético. Un segundo hace referencia a la etapa de fabulación naturalista (presencia de los animales, a manera de bestiario subjetivo). Un tercero trata sobre la poetización de la muerte y el amor (Thánatos/Eros), ese contraste que ha sido soporte en buena parte de la literatura universal.

Palabras clave:

Poética. Imaginarios. Símbolos. Mítico. Enigma. Significado. Sentidos. Subjetivo. Eros. Thánatos.

Abstract

This article inquires about the cycles or poetic staging in seven books of Horacio Benavides. The first cycle alludes to the beginnings (Origins), where in a panoramic way the next aesthetic development is outlined. A second one refers to the stage of naturalistic fabulation (animal presence as a bestiary subjective). The third one is about death and love poetization (Thánatos /Eros), a contrast that has been supported in a large part of world Literature.

Key words:

Poetics. Imaginary. Symbols. Mythical. Enigma. Meaning. Senses. Subjective. Eros. Thanatos.

Suele pasar que un escritor, con el paso del tiempo, no se reconoce en su primer libro, publicado, las más de las veces, en edición limitada y casi artesanal. Puede ser que le parezca superado, o que sus temas, estilo, tono, no correspondan a su norte poético actual. Por lo demás, el concepto de evolución o involución en una poética, se discute entre contertulios, pero escasamente se argumenta en la página escrita. Cuando se sigue diacrónicamente la obra del “artista serio” (Cfr. Ezra Pound, 2013) se advierte que hay obras en ascenso permanente, otras que se repiten de forma circular y, lamentablemente, algunas que se tornan grises, pasto de olvido. En ocasiones se instauran modas, por motivaciones no estrictamente literarias, formas de decir que son eficaces en un lapso determinado, pero el tiempo, juez supremo, se encarga de ubicar la palabra en su preciso lugar. Obvio que no faltan los olvidos y posteriores reconocimientos (Góngora, en España, Domínguez Camargo, Vidales, Aurelio Arturo, Carlos Obregón, en Colombia).

Sin embargo, para quien se acerca a la obra reunida de un poeta, el libro inicial se convierte en documento esencial ya que arroja pistas sobre su posterior periplo estético.

En las tres antologías dedicadas al poeta Horacio Benavides. *De una a otra Montaña* (2008), *La Serena Hierba* (2011, Monte Avila Editores) y *La Serena Hierba* (2013, La Sílabas), no aparece ningún poema de su libro inicial, *Orígenes* (1977-1979), Editorial La Trova Paralela, sin fecha, sin lugar. Por esas cosas del azar, siempre conservé este pequeño poemario, con artes de Carlos Posso (IV, 79), bastante escueto, sin prólogo, sin página legal con los créditos, con un epígrafe de Rilke, en la página 5:

No dejes que la infancia (esa innombrable lealtad de los celestes) te sea arrebatada por el Destino: que aún al prisionero que lóbrego se pudre en la mazmorra, le alimenta en secreto hasta el fin. Pues ella guarda el corazón intemporal... (1979)

El título -Orígenes- es muy significativo, dado que en el rastreo de la poética de Horacio, los ancestros son fundamentales. Su universo viene de ese mágico lugar de la infancia, tan breve y fugitivo, que requiere de toda una vida y de toda una obra para desglosarlo. *Orígenes*, desde su epígrafe, marcado con fuego en la memoriosa página, funciona como bitácora en los ciclos creativos posteriores. Es la pepa de mamoncillo, que una vez caída en el pozo, no deja de generar ondas concéntricas que van y vienen, de una a otra orilla, o de una a otra montaña, como corrobora Horacio en uno de sus acertados títulos.

El país etéreo, inasible de la infancia, es la raíz en el árbol poético de Horacio Benavides; palpita en toda su obra su “corazón intemporal” y ningún avatar, ninguna veleidad, estética o extraestética, ha permitido que le “sea arrebatada por el Destino”. Pacto de fidelidad, mensaje escrito en su escudo creativo; desde su primer libro, esa impronta ha de acompañar el resto de su poética:

*Había visto
unos pájaros volando
en la infancia
en un sueño
o acaso él mismo
fue pájaro
en la oscuridad de los tiempos*
(Pájaros volando, 1979: 9)

*Desde entonces su vida fue
nada más que el intento
de captar el vuelo
de narrar el perfecto ritmo
de sondear el profundo misterio
Sólo entreverlo
sólo presentirlo
mas persistirán los hombres
pues esta es la clave de su destino*
(Pájaros volando, 1979:9-11)

Este poema funciona como un ars poética, pero también como una confesión intimista que nos da cuenta de ese momento iniciático donde se le revela la poesía. Para un niño que ha nacido en el campo, en esas vastas ondulaciones cordilleranas del Cauca, limítrofe con el Nariño de Aurelio Arturo –donde el verde es de todos los colores- el vuelo de los pájaros, en esos horizontes de vértigo y ensueño, debió ser un espectáculo de maravilla, pero igual, una epifanía, una memoria cifrada en la psiquis del futuro hombre contemplador, y más adelante, del poeta que descifra ese rico thesaurus que le ha donado el entorno.

La faceta del poeta aéreo (volador), que ha de ser recurrente en los libros de Horacio Benavides, está expresada en estos versos:

*O acaso él mismo
fue pájaro
en la oscuridad de los tiempos*
(Pájaros volando, 1979:9)

Liviandad, precisión, elegancia, cadencia en su desplazamiento, ritmo sostenido, misterio; hablo de un pájaro, pero el atento lector de la poética horaciana va a encontrar esos mismos atributos en su escritura. Todo viene de allí, de esa comunión entre el niño que salía lento de entre las frondas y el ave con la que estableció desde entonces un misterioso pacto de transubstanciación.

No es casual que los poetas se sientan representados en esas criaturas del aire: el cisne rubendariano, y por extensión, modernista; el búho degreiffiano, el halcón de Huidobro (azor), el albatros, caro a Baudelaire, el ruiseñor de Keats, el cuervo de Poe... simbología que nos llevaría al terreno de los esquemas, los arquetipos y los imaginarios, en un rastreo hermenéutico que excede estas apreciaciones. Baste con decir que subyacente a toda obra poética se yergue el inconsciente colectivo que permite la irrupción de símbolos y alegorías, que no siempre son controladas, de manera racional, por el poeta o vocero lúcido de la aldea.

Este primer ciclo poético bosqueja ya algunos trazos fundamentales de la posterior poesía horaciana, tanto de estilo, de ritmo, de imágenes, así como los que serán sus temas recurrentes. Aquí se funda el hontanar que ha de nutrir su cauce:

*Su voz no era de ahora
La búsqueda de la fuente
Lo condujo a la intimidad del bosque
(Orígenes, 1979:7)*

Por supuesto, su voz poética iba por otra orilla, desde sus inicios. Nada estentórea, nada retórica, nada elocuente; invitación al silencio, a la insinuación, antes que al verbalismo, simulador, e intrascendente. Rasgo oriental que nos recuerda la fineza de las tankas y los haikús, así como las jarchas primigenias, las rimas de Bécquer y alguna cercanía a los Proverbios y Salmos bíblicos, en su cifra de síntesis y sabiduría milenaria.

Habitante del silencio, expresa en su poema Destino (p. 13), en ese deseo de encontrar la palabra justa, la que no hostiga al lector, más bien lo convierte en interlocutor participativo, en cómplice para la construcción de significados y potenciales sentidos.

El poeta se transmuta en río, se aproxima al equilibrio, esa forma sapiente de conocerse, pero sobre todo, reconocerse, en el diseño del universo:

*Y mi alma
agua cristalina
reconciliada canta
(Río, 1979:21)*

En su forja de herramientas para emprender el viaje, hay otro lugar para expresar su arte poética, así asistamos a su fase iniciática:

*Las cosas venían a mí
en loca zarabanda
entonces me fue dada
la palabra*

*y las cosas pusieron sus pies
sobre la tierra
casa dije
y se hizo la casa de los hombres
y luego mar
y luna
y así pude tener
un sueño sosegado
(La Palabra, 1979:57)*

Poder cosmogónico del verbo. El *hágase* del Génesis...y vio Dios que era bueno. Sólo la palabra organiza el caos primigenio, echa raíces en lo único que nos ata con el aire y el cosmos: la tierra. Entonces la casa, el mar, la luna, se hacen carne y habitan entre nosotros, para evocar La Sagrada Escritura. Cuando la palabra se vuelve puente entre la cosa y la imagen de ella en la psiquis del hablante, nuestra gravedad, entre la realidad y el sueño, se equilibra, se sosiega.

En síntesis, en su primer libro (*Orígenes*, 1979), Horacio Benavides ya nos anuncia: que viene del bosque y del viento, que es un soñador de palabras atado a la tierra, con un mínimo de gravedad, que la infancia es su lámpara de Aladino, que el misterio, el silencio y la música secreta de los seres y las cosas le interesan más que su esplendor y su ruido.

Un segundo ciclo poético esta integrado por tres poemarios: *Las Cosas Perdidas* (1986), *Agua de la Orilla* (1989) y *Sombra de Agua* (1994). En adelante me referiré a él como *Las Cosas Perdidas*.

Ha dicho Augusto Pinilla en su hermoso prólogo en *De una a otra Montaña* (2008) que observa una amorosa benevolencia hacia las cosas cotidianas (2008, p.8), virtud esencial en El Pastor de la Aldea, mitad chamán, mitad

palabrero, en su mejor acepción. Hay un conjuro, un encantamiento, pero además, un “inventario de asombros”, para decirlo con el título de Eliseo Diego.

Este ciclo poético, con su trébol airoso, se sintetiza en uno de los versos contundentes de la poesía colombiana: *hay un instante del crepúsculo en que las cosas brillan más*, de otro poeta caucano, del siglo anterior. Esas cosas, ya con el ánimo despierta, están al límite, como en el ocaso, pero el pastor sabe con maestría que su luz de aldea secreta, su música callada, sólo esperan un toque de palabra para brillar de manera sobria, como el oro, y no con falsos fulgores, como el oropel. Entonces, la amorosa benevolencia, la fineza de espíritu, la solidaridad que integra y restituye, hace suyo el epígrafe bíblico en *Las Cosas Perdidas* (1986):

*Si encuentras perdido
El buey o la oveja de tu hermano
No te retires de ellos:
Llévaselos a tu hermano
Deuteronomio 21-22*

La luz cegadora de la modernidad ha vuelto invisibles los elementos vecinos de la mano; labor del vate, (profeta, vaticinador, vocero lúcido de la tribu, médium...) insistir en su presencia, llevárselos a su prójimo (próximo), constatar su oculta belleza, su hondo significado en los actos cotidianos, que de repetirse una y otra vez, se convierten en rituales, una vez instaurada su esencia mítica:

*De la cama subimos
al aroma del tinto
del tinto por las ramas
al mantel perdido
una voz nos llama
desde la sangre
es el árbol que habla
en el centro del patio
(La Casa, 2008:23)*

Cama, tinto, voz, sangre, árbol, patio: curiosa mezcla de lo que en apariencia sería instrumental, con lo esencial, gracias a la nueva aura con que el poeta ha cifrado las cosas, éstas adquieren una resignificación, se ha operado la alquimia poética: los metales cotidianos ahora vibran en otro registro.

Así, la manzana, el gato –esencial en todo su trayecto estético- la rosa, el reloj, los espejos, la lámpara, la escalera, brillan más, significan más, porque al igual que los “objetos hallados” de Duchamp, han cedido su misión de utensilios para instalarse en la torre de lo sublime.

En el ciclo poético de *Las Cosas Perdidas* hacen su aparición los animales, con el gato a la cabeza, miniatura del tigre –la quemante joya-, cauteloso, sobrio, indescifrable, péndulo entre la luz y la sombra, mítico y oriental, ícono en el museo itinerante de la poesía. El gato es un huésped privilegiado en este entramado de símbolos.

En la otra orilla de su estética aparece el cerdo, que “entra en el poema como una ofensa”, pero lo paradójico, el dato que desacomoda y a la vez, cautiva es que “nadie sabe que el cerdo también reza” (2008, p.34). Poema angular porque de manera sobria evidencia el abismo que todo ser vivo ha de sortear entre la vida y la muerte, así en su agónica partida, aplauda al universo, final que tiene tanto de descripción como de fina ironía. La víctima propiciatoria, en su clímax doloroso, nos está evidenciando que es superior a sus victimarios, que tan puro y salvaje es su estertor, como su gesto de partida; algo así como el tristemente célebre “ave César, los que vamos a morir, te saludamos”. El lector apenas, asimila la pedrada, pero algo de vergüenza, de pudor ante el sacrificio, le ata las muñecas.

Discurren luego el caballo, el pez -joya de artesanía conceptual y verbal-, la mariposa, la torcaza, y otro hallazgo en los ruidos de la poesía: Tauromaquia, así como el león y el gato de Poe, pequeño saurio; animales más que animales, símbolos y alegorías que Horacio utiliza para hacer una lectura honda, penetrante, amorosa, a veces humorosa, irónica y lúdica, de la condición humana. Cercana a la adivinanza, al acertijo, al enigma, su poética pide un lector avezado, un cómplice con quien intercambiar miradas fugaces y furtivas, ya que un solo gesto, un giro inesperado, un final sugerente, pueden generar un cúmulo de energía cinética a la hora de develar significados y sugerir sentidos.

Agua de la Orilla (1989) y *Sombra de Agua* (1994) pertenecen a la órbita estética inaugurada en *Las Cosas Perdidas*; no digo continuación, más bien, búsqueda, ensimismamiento en sus criaturas, siempre solidarias con su creador. El Pastor de la Aldea ha domesticado sus fieras –elefante, rinoceronte, cocodrilo- su reino sí es de este mundo, en el que se mueve a sus anchas como pez en el agua o colibrí en su estambre.

El último poema de *Sombra de Agua*, Para que pase el muerto, subdividido en 16 textos, es una premonición del siguiente ciclo poético: la muerte, plasmado en *La Aldea Desvelada*.

Los animales, los objetos cotidianos, una mínima alusión al amor y a la tradición literaria-Alicia, Ulises, la Bella Durmiente- quedan agrupados en estos tres libros, que he denominado el ciclo de *Las Cosas Perdidas*. El enigma, la adivinación del dato oculto cumplen su cometido en los poemas, porque en el juego propuesto el hermetismo no es cerrado, le deja pistas al lector, quien las sigue al internarse en su frondoso bosque de signos.

Si el vuelo de los pájaros fue inaugural en *Orígenes* (1979), ahora, en *La Aldea Desvelada* (1998), uno de ellos es el heraldo del viaje final:

Pájaro de la muerte
Siempre va adelante
Su grito es el anuncio
 (2008:169)

Aunque el poema en mención cierra el libro *Sombra de Agua*, sirve de puente para entrar en las aguas letíferas de la *Aldea Desvelada* (1998). Lugar vecino de Comala, allí todo palpita en la reverberación de la muerte: el pájaro premonitorio, el perro que verifica la llanura, el gato vencido tras su séptimo espejismo, la mula de don Zenón Benavides, en cuyo lomo, la carga tanática nos anuncia la prontitud del viaje.

Esta mula, o quizás la otra -la que pena- nos lleva por los senderos de la muerte, sin excluir los jardines del amor. En ese purgatorio, “vuelto piedra por el dios de tus ojos”, todo queda listo para poner el pie en la última barca. Ítaca no es el destino, es otra isla “con un pez negro que lanza destellos de oro”.

Pudiera ser que detrás de ese espejo, más allá de la otra orilla, se nos revelen de súbito las voces que dejamos, el cascarón de lo que fuera Gregorio Samsa, la paloma en el hueso del N.N. en busca de un islote añorado. Por lo pronto, la escalera de ese fino lenguaje hablado en la Aldea nos comunica con el pozo insondable.

El tratamiento de la muerte en *La Aldea Desvelada* no es fatalista como en la tradición judeo-católica, aparejada a la culpa, la caída y la expiación, no obstante el paliativo de otra vida en el más allá, donde el dolor y el sufrimiento terrenales sufren una especie de alquimia reparadora, y además,

eterna. Tampoco es la muerte carnavalizada, como la expresan algunas culturas con sustrato indígena o negro africano, con alegorías, mascaradas y rituales que buscan exorcizar ese momento supremo, que al decir de José Emilio Pacheco “excluye toda ambigüedad”. Más bien se acerca a la concepción oriental, donde se asume la muerte como un devenir, un ciclo natural y consustancial a la vida.

En la película Sueños de Akira Kurosawa hay varias secuencias –la mayoría- referidas a la muerte, vista desde distintos ángulos. Una muy singular es la del anciano que sentado junto al molino de agua ve acercarse un grupo de aldeanos que cantan y danzan con una música que contrista el corazón. Cuando están a punto de ojo el anciano dice, casi sonriendo, casi susurrando, que en ese féretro va la mujer que le rompió el corazón; murió casi de 100 años y la llevan, entre cantos y entre flores, paralela al río. Entonces el hombre se incorpora y se une a la caravana, que tiene mucho de fiesta y algo de cortejo.

Por analogía, así percibo la muerte en *La Aldea Desvelada*, con la excepción de algunos poemas que expresan el Thánatos de manera exasperante, como si se tratara de un collage entre el sueño y la crónica necrológica de este país:

*Dónde dejé mi brazo
Dónde mi cabeza
Qué disparo voló mi dedo
Qué plomo se llevó mi ojo
Qué perro se cargó mi hueso
(1998: 83)*

Aldea Desvelada, limítrofe de Comala, de Spoon River, del Hades griego, del Seol hebreo, con sus símbolos letíferos: el pájaro premonitorio, la mula (el caballo es símbolo de muerte en los arquetipos e imaginarios de un buen número de culturas arcaicas), la nave, las moscas, el perro (cancerbero), los zamuros, el pez negro... A manera de oasis, entre tanto erial de sombras y fantasmas, florecen unos breves poemas amorosos, como si a la muerte le viniera bien reflejarse en el fondo de sus aguas:

*No es el gemido del viento
ni la voz de las cañas
soy yo
vuelto piedra
por el dios de tus ojos
(1998:77)*

*Que el agua
que aquí corre
cante en tu baño*

*que el aire que me toca
te toque a ti
en otra parte
(1998: 103)*

*Duerme tranquila
mientras velo*

*duerme serena
que si caigo en el sueño*

*la distancia se repite
igual la pena
(1998: 105)*

Como en el ciclo anterior, de *Las Cosas Perdidas* a *La Aldea Desvelada*, los últimos textos de éste sirven de gozne al libro siguiente. Por el pasadizo de la muerte, el amor entra al cuarto ciclo poético, que he de llamar *Sin razón Florecer* (2001) y que consta, además, de *Todo lugar para el desencuentro* (2005).

Otra vez hay que darle crédito al epígrafe, que además de ser un homenaje al poeta citado, suele sintetizar la intención y alcance del libro: *Por sobre el alma el aleteo inútil de lo que no fue, ni puede ser, y es todo* (Fernando Pessoa).

Fuga, pérdida, utopía: esto es amor, quien lo probó lo sabe, para recordar los afectos y efectos contradictorios del amor, señalados por Lope de Vega en su proverbial soneto *Definición del amor* (*Poesía erótica castellana*, Círculo de Lectores 1975, p. 72). No hay razones para florecer, esto lo saben- si es que lo saben- esas plantitas hermosas y osadas que brotan en la grieta de un muro caído, sin ninguna intención, ni cuidado. Así el amor, extraño arbusto, que nace donde quiere y desaparece tal como llegó. Pareciera que la esencia del amor es su metafísica, su delirio y su transferencia, muy poco importa su historia real, su despliegue social, sus logros o sus pérdidas, a la hora de un balance, que siempre resultaría inútil y tedioso. El amor es más una lírica del lenguaje que una épica de la cotidianidad. El poeta lo advierte, por eso su mirada es esquiva, aunque enamorada, sabe que, como las termitas, toda su diligencia en fabricar laberintos, terminará aplastándolo. Como el Moisés de la zarza ardiente, el amoroso

lucha, inventa, delira, escribe en piedra, sube a la montaña mágica, vuelve al desierto, se enfurece, repite su periplo, porque lo alienta la promesa de una Tierra Prometida. Es la lucha por sí misma, no la posesión. Al final de sus días, no puede entrar, su consuelo es ver los ríos de leche y miel, a la distancia. ¿Vacío, exaltación del amor evanescente, dolor por una meta no alcanzada?: en contravía al creacionismo de Huidobro, aquí al poeta sólo le interesa cantarle a la lluvia, no hacer que llueva.

*En donde vi agua
bebí sombra
en donde ciudad
espejismo*

*estoy en el puente
y me agarro a la baranda
he visto abajo
tus ojos
(2008: 254)*

No hay razón para florecer, tampoco razones para constatar que la lucha por el amor fue bella, pero inútil. Como en el poema Itaca, de Kavafis, la isla es un pretexto, el rastro de una nube para seguir en la aventura; llegar o no llegar a su destino es un albur, lo que cuenta es el delirio, la invención de molinos de viento y de encantamiento, el sortilegio de la isla Barataria, no para gobernarla -que es imposible- sino para acercarse más, ejercer la caballería del espíritu y descifrar un poco la condición humana:

*Amor que pasas sin dolerme
piedra vuelta nube*

*En algún lugar
te estará esperando
un muchacho
parado bajo la lluvia*

*hablará solo
se quemará la boca*

*y no habrá para él
un trago suficientemente amargo
(Alguien en otro lugar, 2008: 281)*

*Todo se volvió puerta desde tu partida
Como quedarse en ninguna parte*

Voy detrás de los árboles hacia la noche

*Pronto entraré en el valle de piedras
En el desierto del cactus florecido
(Donde el agua canta, 2008: 279)*

*Tu mano digo
Y hace nido en la noche
Un arrullo de torcazas*

*Déjala posada en la almohada
Cerca de la mía
Que pueda verla yo y no tocarla
(Como una paloma en un cono de luz, 2008: 271)*

Entramos a *Todo lugar para el desencuentro* (2005). Esta vez Anacreonte nos dice: quiero hacer odas de guerra/pero solo el amor resuena/ en mi lira de siete cuerdas. La épica, en su monumentalidad, en su deseo de encumbrar dioses y héroes, presos por igual de un destino aciago, cede su lugar a la lírica, con sus historias íntimas y menores, donde, duerme en la sombra el incierto corazón, en eco a Pessoa, el otro invitado al poemario.

¿Lidia, Beatriz, Helena, Eurídice, deshaciéndose en el deseo de Orfeo, o quizás Penélope, tejiendo y destejiendo, para no entrar en el olvido; y en la otra orilla, Calipso, con sus filtros de amor y eternidad, inútiles a la hora de contrariar el destino? Todas estas mujeres, sin nombrarlas, habitan estos lugares para el desencuentro: *la torpe adolescencia, la ventana, donde el viento trae aromas de su perfume, la penumbra del nido, tu irrealidad que se me escapa, las dunas barridas por el viento, el vacío, los caminos inciertos, la rosa no vista que atormentaba mis vigiliass, la larga nave de la noche, el río abajo, el mar lejano, uno será tu camino, otro el mío, el sueño, el olvido, el pasado que no regresa, las andas del amor que no tuvimos, una hoja en manos de la tormenta...*

Insisto, el Pastor de la Aldea, diestro en el arte de domesticar las fieras, vislumbra ahora, desde las nieves de su otra montaña, su rebaño tranquilo de amores y desamores, construidos, más desde la idealización que desde la vivencia concreta, con “amorosa benevolencia” y no con apasionado reclamo. Como el anciano de Kurosawa, junto a los molinos de agua, se integra al coro de los dolientes, así lleven en el féretro a la mujer, que de joven, le rompió el corazón. No hay reproche, finalmente es el duende del amor, el corazón al que aluden los imaginarios románticos, el único responsable:

*Duerme
viejo corazón*

*Duerme
rey destronado
vociferante y loco*

*Irreconocible
sobre la cubierta
de esta nave
en la que alientas
como un niño*

*Hasta aquí llegamos
amigo de tantas penas
juntas*

*Mañana
cuando el sol despierte
uno será tu camino
otro el mío*

(Mientras el corazón duerme, 2008: 301)

La añoranza, la saudade por el ave que llega a tu balcón, te mira, te roza, pero emprende su vuelo hacia los arcanos, dejándose contemplar, sin que la toques; así se perciben estos versos delicados, precisos, sugerentes, aún cuando se atreven a incursionar en el erotismo:

*Querías
unas palabras para ti*

*Te contemplé
y haciendo un esfuerzo
logré tartamudear las que no eran*

*Ahora a solas
Las digo en vano*

*Cierro los ojos
Y vuelvo a contemplar
La luz de cobre del crepúsculo
Jugando en la orilla
De tus senos*

*Mis dedos sueñan
Un camino de musgo*

*Mis labios rozan
El lomo del agua
(Las palabras que no pude pronunciar, 2008: 303)*

En este viaje por las dunas del amor y el desamor, con tres poemas de duelo, por el hermano asesinado y los niños de Bagdad, asesinados, el poeta comprende que la realidad está cifrada, como los pergaminos del gitano Melquiades, en un sueño que puede durar cien años o el lapso subjetivo entre la herida y la cicatriz:

*Tal vez fue culpa del tiempo
que todo lo muerde*

*Sueño
déjame seguir adelante
con mi sueño
(Para una despedida, 2008: 347)*

Sobrio imaginismo, constatado por Augusto Pinilla, en el prólogo, esto es, pinceladas que suscitan la percepción sensorial en el lector. Objetivismo, agrega el escritor, y es razonable hasta cierto punto, aunque más bien creo que es el sesgo subjetivo el que nos pone en presencia de lo inesperado, lo sorprendente, eso que los formalistas rusos llamaron “el extrañamiento”, o la rara belleza, que reside más en la mirada del poeta-observador, que en el objeto mismo:

*Vuelta sobre sí
ceñida
separada de todo
y unida a todo
por una luz ligera
en la mesa
la manzana*

*piedra y aire
(Manzana, 2008: 24)*

En el presente, intuimos que el poeta Horacio Benavides está preparando un nuevo vuelo. Quieran los hados que sea tan generoso como el que nos ha compartido en los siete libros a los que me he acercado, con la convicción de estar frente a una de las poéticas más genuinas y elaboradas de nuestro país.

Referencias bibliográficas

- Benavides, H. (1979). *Orígenes*. Cali: Editorial La Trova Paralela, Poesía.
- Benavides, H. (2008). *De una a otra Montaña*. Obra reunida. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colección de Poesía.
- Benavides, H. (1998). *La Aldea Desvelada*. Tunja: Si Mañana Despierto Ediciones. Impresión Uptc.
- Benavides, H. (2011). *La Serena Hierba*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Benavides, H. (2013). *La Serena Hierba*. Medellín: Sílabas Editores.
- Fajardo F. C. (2013). Compilador. *Poéticas del Siglo XX*. Bogotá. Ediciones Desde Abajo.